

Hechos

¹ En el primer tratado, oh Teófilo, he hablado de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar,

² hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que Él había escogido;

³ a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas infalibles, siendo visto de ellos por cuarenta días, y hablándoles de las cosas que pertenecen al reino de Dios:

⁴ Y estando reunido con ellos, les mandó que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, *les dijo*, oísteis de mí.

⁵ Porque Juan a la verdad bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después de estos.

⁶ Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?

⁷ Y Él les dijo: **No toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad;**

⁸ **Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos, a la vez, en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.**

⁹ Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado; y una nube lo recibió y lo encubrió de sus ojos.

¹⁰ Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que Él se iba, he aquí dos varones en vestiduras blancas se pusieron junto a ellos;

¹¹ los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

¹² Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén camino de un sábado.

¹³ Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, y Juan y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo *hijo de Alfeo*, y Simón Zelotes, y Judas *hermano de Jacobo*.

¹⁴ Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.

¹⁵ Y en aquellos días Pedro se levantó en medio de los discípulos (el número de las personas allí reunidas, era como de ciento veinte), y dijo:

¹⁶ Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura la cual el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús.

¹⁷ Porque él era contado con nosotros y tuvo parte en este ministerio.

¹⁸ Este, pues, adquirió un campo con el salario de su iniquidad, y cayendo rostro abajo, se

reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron.

¹⁹ Y fue notorio a todos los moradores de Jerusalén; de tal manera que aquel campo es llamado en su propia lengua, Acéldama, que significa, campo de sangre.

²⁰ Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella; y: Tome otro su obispado.

²¹ Por tanto, es necesario que de estos hombres que han estado junto con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros,

²² comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día que fue recibido arriba de entre nosotros, uno sea hecho testigo con nosotros de su resurrección.

²³ Y señalaron a dos; a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías.

²⁴ Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido

²⁵ para que tome parte de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar.

²⁶ Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles.

2

¹ Y cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar.

² Y de repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;

³ y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.

⁴ Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

⁵ Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones debajo del cielo.

⁶ Y cuando esto fue divulgado, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua.

⁷ Y todos estaban atónitos y maravillados, diciéndose unos a otros: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?

⁸ ¿Y cómo es que cada uno de nosotros les oímos hablar en nuestra lengua en la que hemos nacido?

⁹ Partos y medos, y elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea y en Capadocia, en el Ponto y en Asia,

¹⁰ en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las partes de Libia que está más allá de Cirene, y romanos extranjeros, tanto judíos como prosélitos,

¹¹ cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las obras maravillosas de Dios.

¹² Y estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué significa esto?

¹³ Mas otros, burlándose, decían: Están llenos de mosto.

¹⁴ Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó su voz, y les habló diciendo: Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras.

¹⁵ Porque estos no están borrachos, como

vosotros pensáis, siendo *apenas* la hora tercera del día.

¹⁶ Mas esto es lo que fue dicho por el profeta Joel:

¹⁷ Y será que en los postreros días, dice Dios: Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestros jóvenes verán visiones; y vuestros ancianos soñarán sueños:

¹⁸ Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré de mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán.

¹⁹ Y mostraré prodigios arriba en el cielo; y señales abajo en la tierra; sangre y fuego, y vapor de humo:

²⁰ El sol se tornará en tinieblas; y la luna en sangre; antes que venga el día del Señor; grande y memorable;

²¹ Y sucederá que todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

²² Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado de Dios entre vosotros con milagros y prodigios, y señales que Dios hizo en medio de vosotros por medio de Él, como también vosotros sabéis.

²³ A Éste, entregado por determinado consejo y presciencia de Dios, prendisteis y matasteis por manos de los inicuos, crucificándole;

²⁴ a quien Dios resucitó, habiendo soltado los dolores de la muerte, por cuanto era imposible ser retenido por ella.

²⁵ Porque David dice de Él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido.

²⁶ Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua; y aun mi carne descansará en esperanza;

²⁷ Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.

²⁸ Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia.

²⁹ Varones hermanos, permitidme hablaros libremente del patriarca David, que murió, y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.

³⁰ Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que del fruto de sus lomos, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo que se sentaría sobre su trono;

³¹ viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el infierno, ni su carne vio corrupción.

³² A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

³³ Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que ahora vosotros veis y oís.

³⁴ Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,

³⁵ hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

³⁶ Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús que vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

³⁷ Y al oír *esto*, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones

hermanos, ¿qué haremos?

³⁸ Entonces Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.

³⁹ Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.

⁴⁰ Y con otras muchas palabras testificaba y exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.

⁴¹ Así que, los que con gozo recibieron su palabra, fueron bautizados; y aquel día fueron añadidas *a ellos* como tres mil almas.

⁴² Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunión, y en el partimiento del pan, y en las oraciones.

⁴³ Y vino temor sobre toda persona: y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles.

⁴⁴ Y todos los que habían creído estaban juntos; y tenían en común todas las cosas;

⁴⁵ y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos, según cada uno tenía necesidad.

⁴⁶ Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón,

⁴⁷ alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

3

¹ Y Pedro y Juan subían juntos al templo a la *hora novena*, *que era* la hora de la oración.

² Y un hombre que era cojo desde el vientre de su madre, era traído; al cual ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que entraban en el templo.

³ Este, como vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna.

⁴ Y Pedro, con Juan, fijando sus ojos en él, *le* dijo: Míranos.

⁵ Entonces él les estuvo atento, esperando recibir de ellos algo.

⁶ Y Pedro *le* dijo: No tengo plata ni oro; mas lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.

⁷ Y tomándole por la mano derecha le levantó; y al instante fueron afirmados sus pies y tobillos;

⁸ y saltando, se puso en pie, y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios.

⁹ Y todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios.

¹⁰ Y sabían que él era el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo, la Hermosa; y fueron llenos de asombro y admiración por lo que le había sucedido.

¹¹ Y teniendo asidos a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo, atónito, concurrió a ellos al pórtico que se llama de Salomón.

¹² Y viendo esto Pedro, respondió al pueblo:

Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a este?

¹³ El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis, y negasteis delante de Pilato, cuando este había determinado dejarle en libertad.

¹⁴ Mas vosotros al Santo y al Justo negasteis, y pedisteis que se os diese un hombre homicida;

¹⁵ y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de los muertos; de lo cual nosotros somos testigos.

¹⁶ Y por la fe en su nombre, a este, que vosotros veis y conocéis, en su nombre le ha confirmado: Así que, la fe que por Él es, le ha dado esta perfecta sanidad en presencia de todos vosotros.

¹⁷ Y ahora, hermanos, yo sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros príncipes.

¹⁸ Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que Cristo había de padecer.

¹⁹ Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor,

²⁰ y Él envíe a Jesucristo, que os fue antes predicado;

²¹ a quien ciertamente es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de todos sus santos profetas que han sido desde el

principio del mundo.

²² Porque Moisés en verdad dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará Profeta de vuestros hermanos, como yo; a Él oiréis en todas las cosas que os hablare.

²³ Y será, que toda alma que no oyere a aquel Profeta, será desarraigada del pueblo.

²⁴ Sí, y todos los profetas desde Samuel y en adelante, cuantos han hablado, también han predicho estos días.

²⁵ Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: Y en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra.

²⁶ A vosotros primeramente, Dios, habiendo resucitado a su Hijo Jesús, le envió para que os bendijese, al convertirse cada uno de su maldad.

4

¹ Y hablando ellos al pueblo, los sacerdotes y el magistrado del templo y los saduceos, vinieron sobre ellos,

² resentidos de que enseñasen al pueblo, y predicasen en Jesús la resurrección de los muertos.

³ Y les echaron mano, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente; porque era ya tarde.

⁴ Pero muchos de los que habían oído la palabra creyeron; y el número de los varones era como cinco mil.

⁵ Y aconteció que al día siguiente, los príncipes de ellos, y los ancianos y los escribas;

⁶ y Anás, el sumo sacerdote, y Caifás y Juan y Alejandro, y todos los que eran del linaje

sacerdotal se reunieron en Jerusalén.

⁷ Y poniéndoles en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?

⁸ Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Príncipes del pueblo, y ancianos de Israel:

⁹ Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera este haya sido sanado;

¹⁰ sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que por el nombre de Jesucristo de Nazaret, al que vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por Él este hombre está en vuestra presencia sano.

¹¹ Este *Jesús* es la piedra reprobada de vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo.

¹² Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo del cielo, dado a los hombres, en que debamos ser salvos.

¹³ Entonces viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras e ignorantes, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús.

¹⁴ Y viendo al hombre que había sido sanado, que estaba de pie con ellos, no podían decir nada en contra.

¹⁵ Y habiendo ordenado que salieran del concilio, deliberaban entre sí,

¹⁶ diciendo: ¿Qué haremos con estos hombres? Porque de cierto, un milagro notable ha sido hecho por ellos, manifiesto a todos los que moran en Jerusalén, y no lo podemos negar.

17 Sin embargo para que no se divulgue más por el pueblo, amenacémosles, para que no hablen de aquí en adelante a hombre alguno en este nombre.

18 Y llamándolos, les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús.

19 Mas Pedro y Juan, respondiendo, les dijeron: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios:

20 Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

21 y después de amenazarles más, y no hallando nada de qué castigarles, les dejaron ir por causa del pueblo; porque todos glorificaban a Dios por lo que había sido hecho.

22 Porque el hombre en quien había sido hecho este milagro de sanidad, tenía más de cuarenta años.

23 Y puestos en libertad, vinieron a los suyos y contaron todo lo que los príncipes de los sacerdotes y los ancianos les habían dicho.

24 Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Señor, tú *eres* Dios, que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay;

25 que por boca de David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué se amotan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?

26 Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo.

27 Pues verdaderamente se juntaron contra tu

santo Hijo Jesús, a quien tú ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel,

²⁸ para hacer lo que tu mano y tu consejo habían predeterminado que se hiciese.

²⁹ Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra;

³⁰ y extiende tu mano para que sanidades, y milagros y prodigios sean hechos por el nombre de tu santo Hijo Jesús.

³¹ Y cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron la palabra de Dios con denuedo.

³² Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.

³³ Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús; y abundante gracia había sobre todos ellos.

³⁴ Y ningún necesitado había entre ellos; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido,

³⁵ y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.

³⁶ Entonces José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que interpretado es, hijo de consolación), levita, natural de Chipre,

³⁷ teniendo una heredad, la vendió, y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles.

5

¹ Pero un varón llamado Ananías, con Safira su esposa, vendió una heredad,

² Y retuvo *parte* del precio, sabiéndolo también su esposa; y trayendo una parte, la puso a los pies de los apóstoles.

³ Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y defraudases del precio de la heredad?

⁴ Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios.

⁵ Entonces Ananías, oyendo estas palabras, cayó y expiró. Y vino gran temor sobre todos los que lo oyeron.

⁶ Y levantándose los jóvenes, lo envolvieron, y sacándolo, lo sepultaron.

⁷ Y pasado un lapso como de tres horas, entró también su esposa, no sabiendo lo que había acontecido.

⁸ Entonces Pedro le dijo: Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, en tanto.

⁹ Y Pedro le dijo: ¿Por qué os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti.

¹⁰ Y al instante cayó a los pies de él, y expiró; y entrando los jóvenes, la hallaron muerta; y la sacaron, y la sepultaron junto a su marido.

¹¹ Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas.

¹² Y por mano de los apóstoles eran hechos mu-

chos milagros y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón.

¹³ Y de los demás, ninguno osaba juntarse con ellos; pero el pueblo los alababa grandemente.

¹⁴ Y más creyentes se añadían al Señor, multitudes, así de hombres como de mujeres;

¹⁵ tanto que sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos.

¹⁶ Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados.

¹⁷ Entonces se levantó el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, que es la secta de los saduceos, y se llenaron de celos;

¹⁸ y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública.

¹⁹ Mas el ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel, y sacándolos, dijo:

²⁰ Id, y puestos en pie en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida.

²¹ Y habiendo oído *esto*, entraron de mañana en el templo, y enseñaban. Entre tanto, vinieron el sumo sacerdote y los que estaban con él, y convocaron al concilio y a todos los ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que fuesen traídos.

²² Pero cuando llegaron los oficiales, y no los hallaron en la cárcel, volvieron y dieron aviso,

²³ diciendo: De cierto, la cárcel hemos hallado cerrada con toda seguridad, y los guardas afuera de pie ante las puertas; pero cuando abrimos, a

nadie hallamos dentro.

²⁴ Y cuando oyeron estas palabras el sumo sacerdote y el capitán del templo y los principales sacerdotes, dudaban en qué vendría a parar aquello.

²⁵ Y viniendo uno, les dio la noticia, diciendo: He aquí, los varones que echasteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo.

²⁶ Entonces el capitán fue con los oficiales, y los trajo sin violencia; porque temían ser apedreados por el pueblo.

²⁷ Y cuando los trajeron, los presentaron ante el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó,

²⁸ diciendo: ¿No os ordenamos rigurosamente, que no enseñaseis en este nombre? Y he aquí, habéis llenado a Jerusalén con vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre.

²⁹ Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.

³⁰ El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, al cual vosotros matasteis colgándole en un madero.

³¹ A Éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.

³² Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.

³³ Ellos, oyendo *esto*, se enfurecieron, y tomaron consejo para matarlos.

³⁴ Entonces levantándose en el concilio un

fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, honorable ante todo el pueblo, mandó que sacaran fuera por un momento a los apóstoles,

³⁵ y les dijo: Varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer acerca de estos hombres.

³⁶ Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien; al que se agregó un número de como cuatrocientos hombres; el cual fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada.

³⁷ Después de este, se levantó Judas el galileo, en los días del empadronamiento, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Este también pereció; y todos los que le obedecían fueron dispersados.

³⁸ Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá;

³⁹ pero si es de Dios, no la podréis deshacer; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios.

⁴⁰ Y convinieron con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, *les* intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y *los* dejaron libres.

⁴¹ Y ellos partieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por su Nombre.

⁴² Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.

6

¹ Y en aquellos días, multiplicándose el número de los discípulos, hubo murmuración de los

griegos contra los hebreos, de que sus viudas eran desatendidas en el ministerio cotidiano.

² Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas.

³ Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes pongamos sobre este trabajo.

⁴ Y nosotros persistiremos en la oración, y en el ministerio de la palabra.

⁵ Y lo dicho agradó a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, y a Prócoro, y a Nicanor, y a Timón, y a Parmenas, y a Nicolás, un prosélito de Antioquía.

⁶ A estos presentaron delante de los apóstoles, quienes orando, les impusieron las manos.

⁷ Y crecía la palabra de Dios, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; y una gran multitud de los sacerdotes obedecía a la fe.

⁸ Y Esteban, lleno de fe y de poder, hacía grandes prodigios y milagros entre el pueblo.

⁹ Entonces se levantaron unos de la sinagoga que se llama de los libertinos, y cireneos, y alejandrinos, y de los de Cilicia, y de Asia, disputando con Esteban.

¹⁰ Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.

¹¹ Entonces sobornaron a unos hombres que dijeron: Le hemos oído hablar palabras blasfemas

contra Moisés y *contra* Dios.

¹² Y alborotaron al pueblo, y a los ancianos y a los escribas; y tomándole, le trajeron al concilio.

¹³ Y pusieron testigos falsos, que decían: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas en contra de este lugar santo y de la ley:

¹⁴ Pues le hemos oído decir que este Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés.

¹⁵ Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, puestos los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.

7

¹ Entonces el sumo sacerdote dijo: ¿Es esto así?

² Y él dijo: Varones hermanos y padres, oíd: El Dios de gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán,

³ y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que te mostraré.

⁴ Entonces salió de la tierra de los caldeos, y habitó en Harán: y de allí, muerto su padre, Él le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora.

⁵ Y no le dio herencia en ella, ni siquiera para asentar un pie; mas le prometió que se la daría en posesión a él, y a su simiente después de él, cuando él aún no tenía hijo.

⁶ Y le dijo Dios así: Que su simiente sería extranjera en tierra ajena, y que los reducirían a servidumbre y los maltratarían por cuatrocientos años.

⁷ Mas yo juzgaré, dijo Dios, a la nación a la cual serán siervos; y después de esto saldrán y me servirán en este lugar.

⁸ Y le dio el pacto de la circuncisión; y así *Abraham* engendró a Isaac y le circuncidó al octavo día; e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.

⁹ Y los patriarcas, movidos de envidia, vendieron a José para Egipto; pero Dios estaba con él,

¹⁰ y le libró de todas sus aflicciones, y le dio gracia y sabiduría en la presencia de Faraón, rey de Egipto, el cual le puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa.

¹¹ Vino entonces hambre en toda la tierra de Egipto y de Canaán, y grande aflicción; y nuestros padres no hallaban alimentos.

¹² Y cuando Jacob oyó que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres la primera vez.

¹³ Y en la segunda, José se dio a conocer a sus hermanos, y el linaje de José fue dado a conocer a Faraón.

¹⁴ Y enviando José, hizo venir a su padre Jacob, y a toda su parentela, en número de setenta y cinco almas.

¹⁵ Así descendió Jacob a Egipto, donde murió él y nuestros padres;

¹⁶ y fueron trasladados a Siquem, y puestos en el sepulcro que compró Abraham a precio de dinero de los hijos de Hamor de Siquem.

¹⁷ Pero cuando se acercaba el tiempo de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto,

¹⁸ hasta que se levantó otro rey que no conocía

a José.

¹⁹ Este, usando de astucia con nuestro linaje, maltrató a nuestros padres, echando *a la muerte* a sus niños para que no viviesen.

²⁰ En aquel mismo tiempo nació Moisés, y fue hermoso a Dios; y fue criado tres meses en casa de su padre.

²¹ Pero siendo expuesto *a la muerte*, la hija de Faraón le tomó, y le crió como a hijo suyo.

²² Y Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en palabras y en hechos.

²³ Y cuando cumplió la edad de cuarenta años, le vino a su corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel.

²⁴ Y viendo a uno que era maltratado, lo defendió, y matando al egipcio, vengó al oprimido.

²⁵ Pues él pensaba que sus hermanos entendían que Dios les había de dar libertad por su mano; pero ellos no lo habían entendido.

²⁶ Y al día siguiente, riñendo ellos, se les mostró, y los ponía en paz, diciendo: Varones, hermanos sois, ¿por qué os maltratáis el uno al otro?

²⁷ Entonces el que maltrataba a su prójimo, le empujó, diciendo: ¿Quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros?

²⁸ ¿Quieres tú matarme, como mataste ayer al egipcio?

²⁹ Al *oír* esta palabra, Moisés huyó, y se hizo extranjero en tierra de Madián, donde engendró dos hijos.

³⁰ Y pasados cuarenta años, el Ángel del Señor le apareció en el desierto del monte Sinaí, en una

llama de fuego en una zarza.

³¹ Y mirándolo Moisés, se maravilló de la visión; y acercándose para observar, vino a él la voz del Señor,

³² *diciendo*: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Y Moisés, temblando, no se atrevía a mirar.

³³ Entonces le dijo el Señor: Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás tierra santa es.

³⁴ Ciertamente, he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos. Ahora, pues, ven, te enviaré a Egipto.

³⁵ A este Moisés, a quien habían rechazado, diciendo: ¿Quién te ha puesto por príncipe y juez?, a este envió Dios por príncipe y libertador por mano del Ángel que le apareció en la zarza.

³⁶ Este los sacó, habiendo hecho prodigios y señales en la tierra de Egipto, y en el Mar Rojo, y en el desierto por cuarenta años.

³⁷ Este es aquel Moisés que dijo a los hijos de Israel: Profeta os levantará el Señor Dios vuestro de entre vuestros hermanos, como yo; a Él oiréis.

³⁸ Este es aquél que estuvo en la iglesia en el desierto con el Ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres; y recibió los oráculos de vida para darnoslos:

³⁹ Al cual nuestros padres no quisieron obedecer; antes le desecharon, y en sus corazones se volvieron a Egipto,

⁴⁰ diciendo a Aarón: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, que

nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.

⁴¹ Y en aquellos días hicieron un becerro, y ofrecieron sacrificio al ídolo, y se regocijaron en la obra de sus manos.

⁴² Entonces Dios se apartó, y los entregó para que adorasen al ejército del cielo; como está escrito en el libro de los profetas: ¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto por cuarenta años, oh casa de Israel?

⁴³ Antes, trajisteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Remfan: Figuras que os hicisteis para adorarlas: Os transportaré, pues, más allá de Babilonia.

⁴⁴ Nuestros padres tuvieron el tabernáculo del testimonio en el desierto, tal como Él lo había ordenado cuando dijo a Moisés que lo hiciese según el modelo que había visto.

⁴⁵ El cual también nuestros padres introdujeron con Jesús en la posesión de los gentiles, a los cuales Dios echó de la presencia de nuestros padres, hasta los días de David;

⁴⁶ el cual halló gracia delante de Dios, y pidió hacer tabernáculo para el Dios de Jacob.

⁴⁷ Pero Salomón le edificó casa.

⁴⁸ Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano; como dice el profeta:

⁴⁹ El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor: ¿O cuál es el lugar de mi reposo?

⁵⁰ ¿No hizo mi mano todas estas cosas?

⁵¹ Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu

Santo; como vuestros padres, así también vosotros.

⁵² ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que antes anunciaron la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido traidores y matadores;

⁵³ que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.

⁵⁴ Cuando oyeron estas cosas, se enfurecieron en sus corazones, y crujían los dientes contra él.

⁵⁵ Pero él, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús en pie a la diestra de Dios,

⁵⁶ y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre en pie a la diestra de Dios.

⁵⁷ Entonces ellos gritaron a gran voz, y tapándose sus oídos arremetieron a una contra él.

⁵⁸ Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus vestiduras a los pies de un joven que se llamaba Saulo.

⁵⁹ Y apedrearon a Esteban, mientras él invocaba a Dios y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu.

⁶⁰ Y arrodillándose, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió.

8

¹ Y Saulo consentía en su muerte. Y en aquel tiempo fue hecha una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles.

² Y unos varones piadosos llevaron a *enterrar* a Esteban, e hicieron gran lamentación por él.

³ Y Saulo assolaba la iglesia entrando de casa en casa, y arrastrando a hombres y a mujeres *los* entregaba en la cárcel.

⁴ Pero los que fueron esparcidos, iban por todas partes predicando la palabra.

⁵ Entonces Felipe descendió a la ciudad de Samaria, y les predicaba a Cristo.

⁶ Y el pueblo, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo los milagros que hacía.

⁷ Porque espíritus inmundos, dando grandes voces, salían de muchos poseídos; y muchos paralíticos y cojos eran sanados.

⁸ Y había gran gozo en aquella ciudad.

⁹ Pero había un hombre llamado Simón, el cual había ejercido la magia en aquella ciudad, y había engañado a la gente de Samaria, diciéndose ser algún grande.

¹⁰ A este oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, y decían: Este es el gran poder de Dios.

¹¹ Y le estaban atentos, porque con sus artes mágicas los había hechizado mucho tiempo.

¹² Pero cuando creyeron a Felipe, que les predicaba acerca del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, fueron bautizados, así hombres como mujeres.

¹³ Entonces Simón mismo también creyó, y cuando fue bautizado, permaneció con Felipe, y viendo las maravillas y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.

14 Y los apóstoles que estaban en Jerusalén, habiendo oído que Samaria había recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan;

15 quienes habiendo descendido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo;

16 porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús.

17 Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo.

18 Y cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero,

19 diciendo: Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos, reciba el Espíritu Santo.

20 Entonces Pedro le dijo: Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se adquiere con dinero.

21 No tienes tú ni parte ni suerte en este asunto; porque tu corazón no es recto delante de Dios.

22 Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón.

23 Porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.

24 Respondiendo entonces Simón, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor, que ninguna de estas cosas que habéis dicho, venga sobre mí.

25 Y ellos, habiendo testificado y predicado la palabra del Señor, se volvieron a Jerusalén, y en muchas aldeas de los samaritanos predicaron el evangelio.

26 Y el ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y ve hacia el sur, al camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.

27 Entonces él se levantó, y fue. Y he aquí un etíope, eunuco, hombre de gran autoridad bajo Candace reina de los etíopes, el cual estaba a cargo de todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar,

28 regresaba, y sentado en su carro, leía el profeta Isaías.

29 Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a este carro.

30 Y corriendo Felipe *hacia él*, le oyó que leía el profeta Isaías, y *le* dijo: ¿Entiendes lo que lees?

31 Y dijo: ¿Cómo podré, a no ser que alguien me enseñe? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él.

32 Y el lugar de la Escritura que leía era este: Como oveja fue llevado al matadero; y como cordero mudo delante del trasquilador, así no abrió su boca.

33 En su humillación su juicio fue quitado: Mas su generación, ¿quién la contará? Porque es quitada de la tierra su vida.

34 Y respondiendo el eunuco a Felipe, dijo: Te ruego ¿de quién dice el profeta esto? ¿De sí mismo, o de algún otro?

35 Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta Escritura, le predicó el evangelio de Jesús.

36 Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua; y dijo el eunuco: He aquí agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?

³⁷ Y Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y él respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

³⁸ Y mandó detener el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y le bautizó.

³⁹ Y cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y gozoso, siguió su camino.

⁴⁰ Pero Felipe se halló en Azoto; y pasando, predicaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea.

9

¹ Y Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote,

² y pidió de él cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase algunos de este Camino, ya fuesen hombres o mujeres, los trajese presos a Jerusalén.

³ Y yendo él por el camino, al acercarse a Damasco, súbitamente le cercó un resplandor de luz del cielo;

⁴ y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

⁵ Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: **Yo soy Jesús a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra los aguijones.**

⁶ Y él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le *dijo*: **Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.**

⁷ Y los hombres que iban con Saulo, se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, pero sin ver a nadie.

⁸ Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole de la mano, lo trajeron a Damasco.

⁹ Y estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.

¹⁰ Y había un discípulo en Damasco llamado Ananías, al cual el Señor dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor.

¹¹ Y el Señor le *dijo*: Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora;

¹² y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y pone *sus* manos sobre él, para que recobre la vista.

¹³ Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, de cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén;

¹⁴ y aun aquí tiene autoridad de los príncipes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.

¹⁵ Y le dijo el Señor: **Ve; porque instrumento escogido me es este, para que lleve mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel;**

¹⁶ **porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.**

¹⁷ Y Ananías fue y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres

la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

18 Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y al instante recobró la vista; y levantándose, fue bautizado.

19 Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.

20 Y luego predicaba a Cristo en las sinagogas, *diciendo* que Éste es el Hijo de Dios.

21 Y todos los que le oían estaban atónitos, y decían: ¿No es este el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los príncipes de los sacerdotes?

22 Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Éste, es el Cristo.

23 Y después de muchos días, los judíos tomaron entre sí consejo para matarle;

24 pero sus asechanzas fueron entendidas de Saulo. Y ellos guardaban las puertas de día y de noche para matarle.

25 Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro en una canasta.

26 Y cuando Saulo vino a Jerusalén, intentó juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que él era discípulo.

27 Entonces Bernabé, tomándole, le trajo a los apóstoles, y les contó cómo había visto al Señor en el camino, y que Él le había hablado, y cómo en Damasco había predicado con denuedo en el nombre de Jesús.

²⁸ Y estaba con ellos, entrando y saliendo en Jerusalén;

²⁹ y hablaba con denuedo en el nombre del Señor Jesús; y disputaba con los griegos; pero estos procuraban matarle.

³⁰ Y cuando lo supieron los hermanos, le trajeron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso.

³¹ Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, y Galilea, y Samaria, y eran edificadas, andando en el temor del Señor; y en el consuelo del Espíritu Santo se multiplicaban.

³² Y aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida.

³³ Y halló allí a cierto hombre llamado Eneas, que hacía ocho años que estaba en cama, pues era paralítico.

³⁴ Y Pedro le dijo: Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y haz tu cama. Y al instante se levantó.

³⁵ Y le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor.

³⁶ Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que interpretado quiere decir, Dorcas. Esta era llena de buenas obras y de limosnas que hacía.

³⁷ Y aconteció en aquellos días que enfermando, murió; la cual, después de lavada, la pusieron en un aposento alto.

³⁸ Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, oyendo que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, rogándole que no se detuviese en venir a ellos.

³⁹ Pedro entonces levantándose, fue con ellos. Y

cuando llegó, le llevaron al aposento alto, y todas las viudas le rodearon, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas.

⁴⁰ Entonces, sacando a todos, Pedro se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió sus ojos, y viendo a Pedro, se incorporó.

⁴¹ Y él, dándole la mano, la levantó; y llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.

⁴² Esto fue notorio por toda Jope; y muchos creyeron en el Señor.

⁴³ Y aconteció que se quedó muchos días en Jope, en casa de un cierto Simón, curtidor.

10

¹ Y había un varón en Cesarea llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana,

² piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, que daba muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios siempre.

³ Este vio claramente en visión, como a la hora novena del día, al Ángel de Dios que entraba a *donde él estaba* y le decía: Cornelio.

⁴ Y mirándole, tuvo miedo, y dijo: ¿Qué es, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido como un memorial delante de Dios.

⁵ Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, que tiene por sobrenombre Pedro.

⁶ Este posa en casa de cierto Simón, curtidor, que tiene su casa junto al mar; él te dirá lo que debes hacer.

7 Y cuando se fue el Ángel que habló con Cornelio, *este* llamó dos de sus criados, y a un devoto soldado de los que continuamente le asistían;

8 a los cuales, después de contarles todo, los envió a Jope.

9 Y al día siguiente, yendo ellos de camino, y llegando cerca de la ciudad, Pedro subió a la azotea a orar; cerca de la hora sexta;

10 y le vino una gran hambre, y quiso comer; pero mientras ellos preparaban, le sobrevino un éxtasis;

11 y vio el cielo abierto, y un vaso que descendía hacia él, como un gran lienzo atado de los cuatro cabos, y era bajado a la tierra;

12 en el cual había de toda clase de cuadrúpedos terrestres, y fieras, y reptiles, y aves del cielo.

13 Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come.

14 Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás.

15 Y le habló la voz la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común.

16 Y esto fue hecho tres veces; y el vaso volvió a ser recogido en el cielo.

17 Y mientras Pedro dudaba dentro de sí qué sería la visión que había visto, he aquí, los hombres que habían sido enviados por Cornelio, que, preguntando por la casa de Simón, llegaron a la puerta.

18 Y llamando, preguntaron si Simón que tenía por sobrenombre Pedro, posaba allí.

19 Y mientras Pedro pensaba en la visión, el Espíritu le dijo: He aquí, tres hombres te buscan.

20 Levántate, pues, y desciende, y no dudes de ir con ellos; porque yo los he enviado.

21 Entonces Pedro, descendiendo a los hombres que le eran enviados por Cornelio, dijo: He aquí, yo soy el que buscáis; ¿cuál es la causa por la que habéis venido?

22 Y ellos dijeron: Cornelio, el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y de buen testimonio en toda la nación de los judíos, fue avisado de Dios por un santo Ángel, de hacerte venir a su casa, y oír de ti palabras.

23 Y entonces los invitó a entrar, y los hospedó. Y al día siguiente Pedro se fue con ellos; y lo acompañaron algunos de los hermanos de Jope.

24 Y al otro día entraron en Cesarea. Y Cornelio los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos.

25 Y cuando Pedro entraba, Cornelio salió a recibirle; y postrándose a sus pies, le adoró.

26 Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate; yo mismo también soy hombre.

27 Y hablando con él, entró, y halló a muchos que se habían reunido.

28 Y les dijo: Vosotros sabéis que es abominable a un varón judío juntarse o acercarse a extranjero; pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo;

29 por lo cual, al ser llamado, vine sin objetar. Así que pregunto: ¿Por qué causa me habéis hecho venir?

30 Entonces Cornelio dijo: Hace cuatro días que a

esta hora yo estaba en ayuno; y a la hora novena yo oraba en mi casa, y he aquí un varón se puso delante de mí en vestidura resplandeciente,

³¹ y dijo: Cornelio, tu oración es oída, y tus limosnas han venido en memoria delante de Dios.

³² Envía, pues, a Jope, y haz venir a un Simón, que tiene por sobrenombre Pedro; este posa en casa de Simón, curtidor, junto al mar; el cual cuando venga, te hablará.

³³ Así que enseguida envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha encomendado.

³⁴ Entonces Pedro, abriendo *su* boca, dijo: A la verdad entiendo que Dios no hace acepción de personas;

³⁵ sino que en toda nación, del que le teme y hace justicia, Él se agrada.

³⁶ La palabra que *Dios* envió a los hijos de Israel, predicando la paz por Jesucristo; Éste es Señor de todos.

³⁷ Palabra que, vosotros sabéis, fue publicada por toda Judea; comenzando desde Galilea después del bautismo que Juan predicó,

³⁸ cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder; el cual anduvo haciendo el bien, y sanando a todos los oprimidos del diablo; porque Dios estaba con Él.

³⁹ Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; al cual mataron colgándole en un madero.

⁴⁰ A Éste Dios resucitó al tercer día, y lo

manifestó abiertamente,

⁴¹ no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios antes había escogido, a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de los muertos.

⁴² Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que Él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.

⁴³ De Éste dan testimonio todos los profetas, de que todos los que en Él creyeren recibirán remisión de pecados por su nombre.

⁴⁴ Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían la palabra.

⁴⁵ Y los creyentes de la circuncisión, que habían venido con Pedro, estaban asombrados de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.

⁴⁶ Porque los oían hablar en lenguas y magnificar a Dios. Entonces respondió Pedro:

⁴⁷ ¿Puede alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?

⁴⁸ Y les mandó que fueran bautizados en el nombre del Señor. Entonces le rogaron que se quedase por algunos días.

11

¹ Y los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea, oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios.

² Y cuando Pedro subió a Jerusalén, los que eran de la circuncisión contendían con él,

³ diciendo: ¿Por qué has entrado a hombres incircuncisos, y has comido con ellos?

⁴ Entonces comenzó Pedro a narrarles por orden *lo sucedido*, diciendo:

⁵ Estaba yo en la ciudad de Jope orando, y vi en éxtasis una visión; un vaso, como un gran lienzo, que descendía, que por los cuatro cabos era bajado del cielo, y venía hasta mí.

⁶ En el cual al fijar los ojos, consideré y vi cuadrúpedos terrestres, y fieras, y reptiles, y aves del cielo.

⁷ Y oí una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata y come.

⁸ Y dije: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda entró jamás en mi boca.

⁹ Entonces la voz me respondió del cielo por segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común.

¹⁰ Y esto fue hecho tres veces; y volvió todo a ser llevado arriba al cielo.

¹¹ Y he aquí, enseguida vinieron tres hombres a la casa donde yo estaba, enviados a mí de Cesarea.

¹² Y el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar. Y estos seis hermanos también me acompañaron, y entramos en casa de un varón,

¹³ el cual nos contó cómo había visto en su casa al Ángel, que se puso en pie, y le dijo: Envía hombres a Jope, y haz venir a Simón, que tiene por sobrenombre Pedro;

¹⁴ el cual te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa.

15 Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, como sobre nosotros al principio.

16 Entonces me acordé de la palabra del Señor, cuando dijo: **Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.**

17 Así que, si Dios les dio el mismo don también como a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?

18 Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: De manera que también a los gentiles ha concedido Dios arrepentimiento para vida.

19 Y los que habían sido esparcidos por causa de la persecución que se levantó con motivo de Esteban, anduvieron hasta Fenicia, y Chipre, y Antioquía, no predicando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos.

20 Y de ellos había unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron a los griegos, predicando el evangelio del Señor Jesús.

21 Y la mano del Señor estaba con ellos; y gran número creyó y se convirtió al Señor.

22 Y la noticia de estas cosas llegó a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía.

23 El cual, cuando llegó y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen en el Señor.

24 Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu

Santo y de fe; y mucha gente fue añadida al Señor.

²⁵ Y Bernabé partió a Tarso a buscar a Saulo;

²⁶ y hallándole, le trajo a Antioquía. Y sucedió que por todo un año se congregaron allí con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez en Antioquía.

²⁷ Y en aquellos días descendieron unos profetas de Jerusalén a Antioquía.

²⁸ Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que había de haber una gran hambre en toda la tierra; lo cual sucedió en tiempo de Claudio César.

²⁹ Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar ayuda a los hermanos que habitaban en Judea:

³⁰ Lo cual también hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.

12

¹ Y en el mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos.

² Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.

³ Y viendo que había agradado a los judíos, procedió para prender también a Pedro. Eran entonces los días de los panes sin levadura.

⁴ Y habiéndolo tomado preso, lo puso en la cárcel, entregándolo a cuatro cuadrillas de soldados para que lo guardaran; queriendo traerlo al pueblo después de la pascua.

⁵ Así que, Pedro era guardado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.

⁶ Y cuando Herodes había de sacarle, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, y los guardas delante de la puerta guardaban la cárcel.

⁷ Y he aquí, el ángel del Señor vino, y una luz resplandeció en la cárcel; y golpeando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos.

⁸ Y el ángel le dijo: Cíñete, y átate tus sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme.

⁹ Y saliendo, le seguía; y no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino que pensaba que veía visión.

¹⁰ Y cuando pasaron la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y salieron y pasaron una calle, y en seguida el ángel se apartó de él.

¹¹ Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo en verdad que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba.

¹² Y habiendo considerado *esto*, llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando.

¹³ Y tocando Pedro a la puerta del patio, salió a escuchar una muchacha, llamada Rode,

¹⁴ la cual, cuando reconoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corrió adentro, y dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta.

¹⁵ Y ellos le dijeron: Estás loca. Pero ella

afirmaba que así era. Entonces ellos decían: Es su ángel.

¹⁶ Mas Pedro persistía en llamar; y cuando abrieron *la puerta*, le vieron, y se quedaron maravillados.

¹⁷ Pero él, haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y salió, y se fue a otro lugar.

¹⁸ Y luego que fue de día, hubo no poco alboroto entre los soldados sobre qué había sido de Pedro.

¹⁹ Y cuando Herodes le buscó y no le halló, habiendo interrogado a los guardias, ordenó que *estos* fueran llevados a la muerte. Y él descendió de Judea a Cesarea, y se quedó allí.

²⁰ Y Herodes estaba enojado contra los de Tiro y de Sidón; pero ellos vinieron de acuerdo ante él, y habiendo persuadido a Blasto, que era camarero del rey, pedían paz; porque el territorio de ellos era abastecido por el del rey.

²¹ Y un día señalado, Herodes vestido de ropa real, se sentó en su trono, y les arengó.

²² Y el pueblo aclamaba, *diciendo*: ¡Voz de un dios, y no de hombre!

²³ Y al instante el ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos.

²⁴ Mas la palabra de Dios crecía y se multiplicaba.

²⁵ Y Bernabé y Saulo, habiendo cumplido su ministerio, regresaron de Jerusalén llevando consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos.

13

¹ Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía ciertos profetas y maestros; Bernabé, y Simón el que se llamaba Niger, y Lucio cireneo, y Manahén, que había sido criado con Herodes el tetrarca, y Saulo.

² Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado.

³ Y habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos, y los enviaron.

⁴ Así que ellos, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia; y de allí navegaron a Chipre.

⁵ Y llegados a Salamina, predicaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos; y tenían también a Juan en el ministerio.

⁶ Y habiendo atravesado la isla hasta Pafos, hallaron a un hombre hechicero, falso profeta, judío, llamado Barjesús;

⁷ el cual estaba con el procónsul Sergio Paulo, varón prudente. Este, llamando a Bernabé y a Saulo, deseaba oír la palabra de Dios.

⁸ Mas les resistía Elimas, el hechicero (que así se interpreta su nombre), procurando apartar de la fe al procónsul.

⁹ Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando sus ojos en él,

¹⁰ dijo: Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia: ¿No cesarás de torcer los caminos rectos del Señor?

¹¹ Ahora pues, he aquí la mano del Señor es

contra ti, y serás ciego, y no verás el sol por un tiempo. Y al instante cayeron sobre él oscuridad y tinieblas; y andando alrededor, buscaba quién le condujese de la mano.

¹² Entonces el procónsul, viendo lo que había sido hecho, creyó, maravillado de la doctrina del Señor.

¹³ Y zarpando de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia. Y Juan, apartándose de ellos, se regresó a Jerusalén.

¹⁴ Y ellos pasando de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia, y entrando en la sinagoga un día de sábado, se sentaron.

¹⁵ Y después de la lectura de la ley y de los profetas, los príncipes de la sinagoga enviaron a ellos, diciendo: Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad.

¹⁶ Entonces Pablo, levantándose, hecha señal de silencio con la mano, dijo: Varones israelitas, y los que teméis a Dios, oíd:

¹⁷ El Dios de este pueblo de Israel escogió a nuestros padres, y enaltecíó al pueblo, siendo ellos extranjeros en la tierra de Egipto, y con brazo levantado los sacó de ella.

¹⁸ Y por un tiempo como de cuarenta años soportó sus costumbres en el desierto;

¹⁹ y habiendo destruido siete naciones en la tierra de Canaán, les repartió por herencia sus tierras.

²⁰ Y después de esto, como por cuatrocientos cincuenta años, les dio jueces hasta el profeta Samuel.

²¹ Luego demandaron rey; y Dios les dio a Saúl,

hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años.

²² Y quitado este, les levantó por rey a David, del cual dio también testimonio, diciendo: He hallado a David, *hijo* de Isaí, varón conforme a mi corazón, el cual hará toda mi voluntad.

²³ De la simiente de este, conforme a la promesa, Dios levantó a Jesús por Salvador a Israel;

²⁴ predicando Juan, antes de su venida, el bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de Israel.

²⁵ Y cuando Juan terminaba su carrera, dijo: ¿Quién pensáis que soy yo? No soy yo *Él*. Mas, he aquí, viene tras mí uno de quien no soy digno de desatar el calzado de sus pies.

²⁶ Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros temen a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación.

²⁷ Pues los que habitaban en Jerusalén, y sus príncipes, no conociendo a *Éste*, ni las palabras de los profetas que se leen todos los sábados, al condenarle, las cumplieron.

²⁸ Y aunque no hallaron en *Él* causa de muerte, pidieron a Pilato que se le matase.

²⁹ Y habiendo cumplido todas las cosas que de *Él* estaban escritas, quitándole del madero, le pusieron en el sepulcro.

³⁰ Pero Dios le resucitó de los muertos.

³¹ Y *Él* fue visto muchos días por los que habían subido juntamente con *Él* de Galilea a Jerusalén, los cuales son sus testigos al pueblo.

³² Y nosotros os anunciamos el evangelio de

aquella promesa que fue hecha a los padres,
³³ la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros; resucitando a Jesús; como también en el salmo segundo está escrito: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.

³⁴ Y que le resucitó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David.

³⁵ Por eso dice también en otro *salmo*: No permitirás que tu Santo vea corrupción.

³⁶ Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación por la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción.

³⁷ Mas Aquél a quien Dios resucitó, no vio corrupción.

³⁸ Os sea, pues, notorio, varones hermanos, que por Éste os es predicado el perdón de pecados,

³⁹ y por Él, todos los que creen, son justificados de todas las cosas que no pudieron ser justificados por la ley de Moisés.

⁴⁰ Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas:

⁴¹ Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y pereced: Porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, aunque alguien os la contare.

⁴² Y cuando los judíos salieron de la sinagoga, los gentiles les rogaron que el sábado siguiente les predicasen estas palabras.

⁴³ Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los religiosos prosélitos siguieron a Pablo y a Bernabé; quienes hablándoles, les

persuadían a que permaneciesen en la gracia de Dios.

⁴⁴ Y el sábado siguiente se reunió casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios.

⁴⁵ Pero cuando los judíos vieron las multitudes, se llenaron de celos, y se oponían a lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando.

⁴⁶ Entonces Pablo y Bernabé, tomando denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas ya que la desecháis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles.

⁴⁷ Porque así nos ha mandado el Señor, *diciendo*: Te he puesto por luz de los gentiles, para que seas por salvación hasta lo último de la tierra.

⁴⁸ Y los gentiles oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor; y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.

⁴⁹ Y la palabra del Señor era publicada por toda aquella región.

⁵⁰ Mas los judíos instigaron a mujeres piadosas y honorables, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los echaron de sus términos.

⁵¹ Ellos entonces sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, se fueron a Iconio.

⁵² Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

14

¹ Y aconteció en Iconio que entraron juntos en la sinagoga de los judíos, y hablaron de tal manera

que creyó una gran multitud así de judíos, como de griegos.

² Pero los judíos que fueron incrédulos, incitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles contra los hermanos.

³ Con todo eso, ellos se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que señales y milagros fuesen hechos por las manos de ellos.

⁴ Pero la gente de la ciudad estaba dividida; y unos estaban con los judíos, y otros con los apóstoles.

⁵ Y cuando los judíos y los gentiles, juntamente con sus príncipes, se arrojaron para afrentarlos y apedrearlos,

⁶ entendiéndolo ellos, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y por toda la tierra de alrededor.

⁷ Y allí predicaban el evangelio.

⁸ Y en Listra se hallaba sentado cierto hombre, imposibilitado de sus pies, cojo desde el vientre de su madre, que jamás había andado.

⁹ Este oyó hablar a Pablo; el cual, fijando sus ojos en él, y viendo que tenía fe para ser sanado,

¹⁰ dijo a gran voz: Levántate derecho sobre tus pies. Y él saltó, y anduvo.

¹¹ Y cuando la gente vio lo que Pablo había hecho, alzaron su voz, diciendo en lengua licaónica: Los dioses en semejanza de hombres han descendido a nosotros.

¹² Y a Bernabé llamaban Júpiter, y a Pablo, Mercurio, porque este era el que llevaba la

palabra.

¹³ Entonces el sacerdote de Júpiter, que estaba delante de la ciudad de ellos, trayendo toros y guirnaldas delante de las puertas, quería ofrecer sacrificio con el pueblo.

¹⁴ Y cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgando sus ropas, corrieron hacia la multitud, dando voces,

¹⁵ Y diciendo: Señores, ¿por qué hacéis estas cosas? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, y os predicamos que os convirtáis de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo, y la tierra, y el mar y todas las cosas que en ellos hay.

¹⁶ El cual en las edades pasadas dejó a todas las naciones andar en sus propios caminos;

¹⁷ si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones.

¹⁸ Y diciendo estas cosas, apenas hicieron desistir al pueblo, para que no les ofreciesen sacrificio.

¹⁹ Entonces vinieron ciertos judíos de Antioquía y de Iconio, que persuadieron a la multitud, y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto.

²⁰ Mas rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad, y al siguiente día, partió con Bernabé para Derbe.

²¹ Y habiendo predicado el evangelio a aquella ciudad, y después de enseñar a muchos, volvieron a Listra, y a Iconio, y a Antioquía,

²² confirmando el alma de los discípulos, ex-

hortándoles a que permaneciesen en la fe; y *diciéndoles* que es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.

²³ Y cuando les ordenaron ancianos en cada iglesia, habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído.

²⁴ Y habiendo pasado por Pisidia vinieron a Panfilia.

²⁵ Y después de predicar la palabra en Perge, descendieron a Atalia.

²⁶ Y de allí navegaron a Antioquía, donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido.

²⁷ Y habiendo llegado, reuniendo la iglesia, relataron todo lo que había hecho Dios con ellos, y de cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles.

²⁸ Y se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos.

15

¹ Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos, *diciendo*: Si no os circuncidáis conforme a la costumbre de Moisés, no podéis ser salvos.

² Así que, cuando Pablo y Bernabé tuvieron una disensión y contienda no pequeña con ellos, determinaron que Pablo y Bernabé, y algunos otros de ellos, subiesen a Jerusalén, a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión.

³ Ellos, pues, siendo encaminados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, contando la

conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos.

⁴Y cuando llegaron a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ancianos, y les contaron todas las cosas que Dios había hecho con ellos.

⁵Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron, diciendo que era necesario circuncidarlos y mandarles que guardasen la ley de Moisés.

⁶Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para considerar este asunto.

⁷Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió entre nosotros, que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio, y creyesen.

⁸Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo también como a nosotros;

⁹y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.

¹⁰Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?

¹¹Antes creemos que por la gracia del Señor Jesucristo seremos salvos, del mismo modo que ellos.

¹²Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuántos milagros y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles.

¹³Y después que hubieron callado, Jacobo re-

spondió, diciendo: Varones hermanos, oídme.

¹⁴ Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre.

¹⁵ Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito:

¹⁶ Después de esto volveré, y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar:

¹⁷ Para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace todas estas cosas.

¹⁸ Conocidas son a Dios todas sus obras desde la eternidad.

¹⁹ Por lo cual yo juzgo, que no se moleste a los que de los gentiles se convierten a Dios;

²⁰ sino que les escribamos que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, y de fornicación, y de estrangulado y de sangre.

²¹ Porque Moisés desde los tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada sábado.

²² Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, elegir varones de ellos, y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé; a Judas que tenía por sobrenombre Barsabás, y a Silas, varones principales entre los hermanos,

²³ y escribir por mano de ellos, de esta manera: Los apóstoles y los ancianos y los hermanos: A los hermanos que son de los gentiles que están en Antioquía, y en Siria, y en Cilicia, saludos.

24 Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, os han inquietado con palabras, turbando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley, a los cuales no dimos *tal* mandato,

25 nos ha parecido bien, congregados en uno, elegir varones, y enviarlos a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo,

26 hombres que han expuesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

27 Así que enviamos a Judas y a Silas, los cuales también por palabra os harán saber lo mismo.

28 Pues ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias.

29 Que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, y de sangre, y de estrangulado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. Pasadlo bien.

30 Así que cuando ellos fueron despedidos, vinieron a Antioquía; y reuniendo a la multitud, entregaron la carta;

31 la cual habiendo leído, se gozaron por la consolación.

32 Y Judas y Silas, siendo también profetas, exhortaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras.

33 Y después de pasar *allí* algún tiempo, fueron enviados de los hermanos a los apóstoles en paz.

34 Mas a Silas le pareció bien el quedarse allí aún.

35 Y Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía, enseñando y predicando la palabra del Señor, también con muchos otros.

³⁶ Y después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos y visitemos a nuestros hermanos en todas las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, *para ver* cómo están.

³⁷ Y Bernabé quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos;

³⁸ pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la obra.

³⁹ Y hubo tal contención entre ellos, que se apartaron el uno del otro; y Bernabé tomando a Marcos, navegó a Chipre,

⁴⁰ y Pablo, escogiendo a Silas, partió encomendado por los hermanos a la gracia de Dios,

⁴¹ y pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias.

16

¹ Después llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, estaba allí un cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero su padre *era* griego.

² De este daban buen testimonio los hermanos que estaban en Listra y en Iconio.

³ Este quiso Pablo que fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares; porque todos sabían que su padre *era* griego.

⁴ Y como pasaban por las ciudades, les entregaban los decretos que habían sido ordenados por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén para que los guardasen.

⁵ Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.

⁶ Y pasando a Frigia y a la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo predicar la palabra en Asia.

⁷ Y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia; pero el Espíritu no se lo permitió.

⁸ Y pasando por Misia, descendieron a Troas.

⁹ Y de noche apareció a Pablo una visión: Un varón macedonio estaba en pie, y le rogaba, diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos.

¹⁰ Y cuando él vio la visión, inmediatamente procuramos ir a Macedonia, dando por cierto que el Señor nos llamaba para que les predicásemos el evangelio.

¹¹ Zarpando, pues, de Troas, fuimos rumbo directo a Samotracia, y al *día* siguiente a Neápolis;

¹² y de allí a Filipos, que es la ciudad principal de la provincia de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días.

¹³ Y el día sábado salimos de la ciudad, junto al río, donde solían hacer oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido.

¹⁴ Y una mujer llamada Lidia, que vendía púrpura en la ciudad de Tiatira, temerosa de Dios, estaba oyendo; el corazón de la cual abrió el Señor para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.

¹⁵ Y cuando fue bautizada, ella, y su familia, nos rogó, diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa; y nos constriñó a quedarnos.

¹⁶ Y aconteció, que yendo nosotros a la oración,

nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba grande ganancia a sus amos, adivinando.

¹⁷ Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, los cuales nos enseñan el camino de salvación.

¹⁸ Y esto lo hizo por muchos días; pero desagradando a Pablo, *este* se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en la misma hora.

¹⁹ Y viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los trajeron al foro, ante las autoridades;

²⁰ y presentándolos ante los magistrados, dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad,

²¹ y predicando costumbres, las cuales no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos.

²² Y se agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles sus ropas, mandaron azotarles con varas.

²³ Y después de haberles herido de muchos azotes, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad.

²⁴ El cual, habiendo recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro; y les apretó los pies en el cepo.

²⁵ Pero a media noche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios; y los presos los oían.

²⁶ Y repentinamente hubo un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel fueron sacudidos; y al instante se abrieron todas las

puertas, y las cadenas de todos se soltaron.

²⁷ Y despertando el carcelero, como vio abiertas las puertas de la cárcel, sacó su espada y se quería matar, pensando que los presos se habían escapado.

²⁸ Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: No te hagas ningún daño, pues todos estamos aquí.

²⁹ Él entonces, pidiendo luz, entró corriendo, y temblando, se derribó a los pies de Pablo y de Silas;

³⁰ y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?

³¹ Y ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú, y tu casa.

³² Y le hablaron la palabra del Señor, y a todos los que estaban en su casa.

³³ Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y enseguida fue bautizado él, y todos los suyos.

³⁴ Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se regocijó de haber creído en Dios con toda su casa.

³⁵ Y cuando fue de día, los magistrados enviaron alguaciles, diciendo: Deja ir a aquellos hombres.

³⁶ Y el carcelero hizo saber estas palabras a Pablo: Los magistrados han enviado a decir que se os suelte, así que ahora salid, e id en paz.

³⁷ Entonces Pablo les dijo: Nos azotaron públicamente sin ser condenados; siendo hombres romanos, nos echaron en la cárcel; ¿y ahora nos echan secretamente? No, de cierto, sino dejad que vengan ellos mismos y nos saquen.

³⁸ Y los alguaciles dijeron estas palabras a los

magistrados, los cuales tuvieron miedo al oír que eran romanos.

³⁹ Y viniendo, *les* rogaron; y sacándolos, les pidieron que salieran de la ciudad.

⁴⁰ Y saliendo de la cárcel, entraron en *casa de Lidia*; y habiendo visto a los hermanos, los consolaron, y se fueron.

17

¹ Y pasando por Amfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos.

² Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres sábados disputó con ellos de las Escrituras,

³ enseñando y exponiendo que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que este Jesús, a quien yo os predico, *decía él*, es el Cristo.

⁴ Y algunos de ellos creyeron y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran multitud, y mujeres nobles no pocas.

⁵ Pero los judíos que no eran creyentes, llenos de envidia, tomaron consigo a unos hombres perversos, de lo peor; y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo.

⁶ Y al no hallarlos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante los gobernadores de la ciudad, gritando: Estos que han trastornado al mundo también han venido acá;

⁷ a los cuales Jasón ha recibido; y todos estos, hacen contrario a los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús.

⁸ Y el pueblo y los magistrados de la ciudad se alborotaron al oír estas cosas.

⁹ Mas habiendo obtenido fianza de Jasón y de los demás, los soltaron.

¹⁰ Y de inmediato los hermanos, enviaron de noche a Pablo y a Silas a Berea; los cuales, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos.

¹¹ Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.

¹² Así que creyeron muchos de ellos; y mujeres griegas distinguidas, y no pocos hombres.

¹³ Pero cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era predicada la palabra de Dios por Pablo, fueron también allá y alborotaron al pueblo.

¹⁴ Entonces los hermanos, inmediatamente enviaron a Pablo que fuese hacia el mar; y Silas y Timoteo se quedaron allí.

¹⁵ Y los que conducían a Pablo, le llevaron hasta Atenas; y habiendo recibido mandamiento para Silas y Timoteo, de que viniesen a él tan pronto como pudiesen, partieron.

¹⁶ Y mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía en él, viendo la ciudad entregada a la idolatría.

¹⁷ Así que, disputaba en la sinagoga con los judíos, y los religiosos; y en la plaza cada día con los que concurrían.

¹⁸ Y ciertos filósofos de los epicúreos y de los estoicos, disputaban con él; y unos decían: ¿Qué

querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de dioses extraños; porque les predicaba a Jesús y la resurrección.

¹⁹ Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva doctrina de que hablas?

²⁰ Pues traes a nuestros oídos ciertas cosas extrañas; queremos, pues, saber qué significan estas cosas.

²¹ (Porque todos los atenienses y los extranjeros que estaban allí, no se interesaban en ninguna otra cosa, sino en decir o en oír algo nuevo.)

²² Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo veo que sois muy supersticiosos;

²³ porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Aquél, pues, que vosotros adoráis sin conocerle, a Éste yo os anuncio.

²⁴ El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay; Éste, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos;

²⁵ ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase algo; pues Él a todos da vida y aliento, y todas las cosas.

²⁶ Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de su habitación;

²⁷ para que busquen al Señor, si en alguna manera, palpando, le hallen; si bien no está lejos de cada uno de nosotros.

²⁸ Porque en Él vivimos, y nos movemos, y somos; como también algunos de vuestros poetas han dicho: Porque también nosotros somos linaje suyo.

²⁹ Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte e imaginación de hombres.

³⁰ Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora demanda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan;

³¹ por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por *aquel* varón a quien Él designó; dando fe a todos con haberle resucitado de los muertos.

³² Y cuando oyeron de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Te oiremos acerca de esto en otra ocasión.

³³ Y así Pablo salió de en medio de ellos.

³⁴ Mas algunos creyeron y se unieron a él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, y una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

18

¹ Después de estas cosas, Pablo partió de Atenas y vino a Corinto.

² Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, que recién había venido de Italia con Priscila su esposa (porque Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma), y vino a ellos.

³ Y como él era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaba; pues el oficio de ellos era hacer

tiendas.

⁴ Y disputaba en la sinagoga todos los sábados, y persuadía a judíos y a griegos.

⁵ Y cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo, constreñido en espíritu, testificaba a los judíos que Jesús era el Cristo.

⁶ Mas oponiéndose y blasfemando ellos, sacudiéndose él sus ropas, les dijo: Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza; yo limpio estoy; desde ahora me iré a los gentiles.

⁷ Y partiendo de allí, entró en casa de uno llamado Justo, temeroso de Dios, cuya casa estaba junto a la sinagoga.

⁸ Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios al oír, creían y eran bautizados.

⁹ Entonces el Señor en una visión de noche, dijo a Pablo: **No temas, sino habla, y no calles;**

¹⁰ porque yo estoy contigo, y nadie vendrá sobre ti para dañarte; porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.

¹¹ Y se detuvo allí un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios.

¹² Y siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo, y le llevaron al tribunal,

¹³ diciendo: Este persuade a los hombres a adorar a Dios contrario a la ley.

¹⁴ Y cuando Pablo estaba por abrir su boca, Galión dijo a los judíos: Si se tratara de algún agravio o algún crimen enorme, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría.

¹⁵ Pero si son cuestiones de palabras, y de nom-

bres, y de vuestra ley, vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez de estas cosas.

¹⁶ Y los echó del tribunal.

¹⁷ Entonces todos los griegos, tomando a Sóstenes, principal de la sinagoga, le golpeaban delante del tribunal; mas a Galión nada se le daba de ello.

¹⁸ Y Pablo, habiéndose detenido aún muchos días allí, despidiéndose de los hermanos, navegó a Siria, y con él Priscila y Aquila, habiéndose rapado la cabeza en Cencrea, porque tenía voto.

¹⁹ Y llegó a Éfeso, y los dejó allí. Mas él entrando en la sinagoga disputaba con los judíos,

²⁰ los cuales le rogaban que se quedase con ellos por más tiempo; pero él no accedió;

²¹ sino que se despidió de ellos, diciendo: Es necesario que en todo caso yo guarde la fiesta que viene, en Jerusalén; mas otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere. Y zarpó de Éfeso.

²² Y habiendo arribado a Cesarea, subió para saludar a la iglesia, y *luego* descendió a Antioquía.

²³ Y después de pasar allí algún tiempo, partió, andando por orden la provincia de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.

²⁴ Y cierto judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras, vino a Éfeso.

²⁵ Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo ferviente de espíritu, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, *aunque* sólo conocía el bautismo de Juan.

²⁶ Y comenzó a hablar con denuedo en la

sinagoga; y cuando Aquila y Priscila le oyeron, le tomaron *aparte* y le expusieron con más exactitud el camino de Dios.

²⁷ Y queriendo él pasar a Acaya, los hermanos escribieron, exhortando a los discípulos que le recibiesen; y cuando él llegó, ayudó mucho a los que por la gracia habían creído.

²⁸ Porque con gran vehemencia convencía públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

19

¹ Y aconteció que mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo, habiendo pasado por las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos,

² les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído que hay Espíritu Santo.

³ Entonces les dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Y ellos dijeron: En el bautismo de Juan.

⁴ Y Pablo les dijo: Juan bautizó con el bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en Aquél que vendría después de él, esto es, en Cristo Jesús.

⁵ Cuando oyeron *esto*, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

⁶ Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.

⁷ Y eran por todos unos doce varones.

⁸ Y entrando en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, disputando y persuadiendo acerca del reino de Dios.

⁹ Pero cuando algunos se endurecieron y no creyeron, sino que maldijeron el Camino delante de la multitud, él se apartó de ellos y apartó a los discípulos, disputando cada día en la escuela de un *tal* Tyrano.

¹⁰ Y esto fue hecho por espacio de dos años; de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.

¹¹ Y hacía Dios milagros incomparables por mano de Pablo;

¹² de tal manera que aun los pañuelos o delantales de su cuerpo eran llevados a los enfermos, y las enfermedades se iban de ellos, y los malos espíritus salían de ellos.

¹³ Pero algunos de los judíos, vagabundos exorcistas, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuramos por Jesús, el que Pablo predica.

¹⁴ Y había siete hijos de un tal Sceva, judío, príncipe de los sacerdotes, que hacían esto.

¹⁵ Y respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?

¹⁶ Y el hombre en quien estaba el espíritu malo saltó sobre ellos, y dominándolos, prevaleció contra ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa, desnudos y heridos.

¹⁷ Y esto fue notorio a todos los que habitaban

en Éfeso, así judíos como griegos; y cayó temor sobre todos ellos, y el nombre del Señor Jesús era magnificado.

¹⁸ Y muchos de los que habían creído venían, confesando, y dando cuenta de sus hechos.

¹⁹ Asimismo muchos de los que habían practicado la magia, trajeron sus libros, y los quemaron delante de todos; y contando el precio de ellos, se halló ser cincuenta mil *piezas* de plata.

²⁰ Así crecía poderosamente la palabra del Señor, y prevalecía.

²¹ Y pasadas estas cosas, Pablo se propuso en espíritu ir a Jerusalén después de recorrer Macedonia y Acaya, diciendo: Después que haya estado allí, me será necesario ver también a Roma.

²² Y enviando a Macedonia a dos de los que le ayudaban, Timoteo y Erasto, él se quedó por algún tiempo en Asia.

²³ Y en aquel tiempo hubo un alboroto no pequeño acerca del Camino.

²⁴ Porque un platero llamado Demetrio, que hacía de plata templecillos de Diana, daba a los artífices no poca ganancia;

²⁵ a los cuales, reunidos con los obreros del mismo oficio, dijo: Varones, sabéis que de este oficio obtenemos nuestra riqueza;

²⁶ y veis y oís que este Pablo, no solamente en Éfeso, sino en casi toda Asia, ha persuadido y apartado a muchas gentes, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos.

²⁷ Y no solamente hay peligro de que este negocio se nos deshaga, sino también que el templo de la

gran diosa Diana sea despreciado, y venga a ser destruida su majestad, la cual adora toda Asia y el mundo.

²⁸ Y oyendo *esto*, se llenaron de ira, y gritaron, diciendo: ¡Grande es Diana de los efesios!

²⁹ Y toda la ciudad se llenó de confusión; y arrebatando a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo, a una se abalanzaron al teatro.

³⁰ Y queriendo Pablo salir al pueblo, los discípulos no le dejaron.

³¹ También algunos de los principales de Asia, que eran sus amigos, enviaron a él rogándole que no se presentase en el teatro.

³² Unos, pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la concurrencia estaba confusa, y la mayoría de ellos no sabían por qué se habían reunido.

³³ Y sacaron de entre la multitud a Alejandro, empujándole los judíos. Entonces Alejandro, haciendo señal con la mano, quería hablar en su defensa ante el pueblo.

³⁴ Pero cuando supieron que era judío, todos a una voz gritaron casi por dos horas: ¡Grande es Diana de los efesios!

³⁵ Entonces el escribano, cuando hubo apaciguado a la multitud, dijo: Varones efesios ¿qué hombre hay que no sepa que la ciudad de los efesios es adoradora de la gran diosa Diana, y de la *imagen* caída de Júpiter?

³⁶ Y ya que esto no puede ser contradicho, conviene que os apacigüéis, y que nada hagáis precipitadamente;

³⁷ pues habéis traído a estos hombres, sin ser sacrílegos, ni blasfemadores de vuestra diosa.

³⁸ Que si Demetrio y los artífices que están con él tienen pleito contra alguno, audiencias se hacen, y procónsules hay; acúsense unos a otros.

³⁹ Y si demandáis alguna otra cosa, en legítima asamblea se puede decidir.

⁴⁰ Porque estamos en peligro de ser acusados de sedición por esto de hoy, no habiendo ninguna causa por la cual podamos dar razón de este concurso.

⁴¹ Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea.

20

¹ Y después que cesó el alboroto, Pablo llamó a los discípulos, y abrazándoles, se despidió, y partió para ir a Macedonia.

² Y habiendo recorrido aquellas regiones, después de exhortarles con abundancia de palabras, vino a Grecia.

³ Y estuvo allí tres meses. Y cuando los judíos le pusieron acechanza, estando él por navegar a Siria, decidió regresarse por Macedonia.

⁴ Y le acompañaron hasta Asia, Sópater de Berea, y de los tesalonicenses, Aristarco y Segundo, y Gayo de Derbe, y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo.

⁵ Estos, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troas.

⁶ Y nosotros, pasados los días de los panes sin levadura, navegamos de Filipos, y en cinco días vinimos a ellos a Troas, donde estuvimos siete días.

7 Y el primer *día* de la semana, reuniéndose los discípulos para partir el pan, Pablo les predicaba; y habiendo de partir al día siguiente, alargó su discurso hasta la media noche.

8 Y había muchas lámparas en el aposento alto donde estaban reunidos.

9 Y un joven llamado Eutico, que estaba sentado en una ventana, cayó en un sueño profundo; y como Pablo predicaba largamente, se quedó dormido y cayó del tercer piso abajo, y fue levantado muerto.

10 Entonces descendió Pablo y se derribó sobre él, y abrazándole, dijo: No os turbéis, que su vida está en él.

11 Y cuando subió otra vez, y hubo partido el pan y comido, habló largamente hasta el alba, y así partió.

12 Y trajeron al joven vivo, y fueron consolados no poco.

13 Y nosotros, adelantándonos a tomar la nave, navegamos a Asón, para recoger allí a Pablo; pues él así lo había determinado, queriendo él ir por tierra.

14 Y cuando se encontró con nosotros en Asón, tomándolo a bordo, vinimos a Mitilene.

15 Y navegando de allí, al *día* siguiente llegamos delante de Quíos, y al otro *día* tomamos puerto en Samos; y habiendo reposado en Trogilio, al *día* siguiente llegamos a Mileto.

16 Porque Pablo había determinado navegar adelante de Éfeso, por no detenerse en Asia; pues se apresuraba para, si le fuese posible, estar en Jerusalén el día de Pentecostés.

17 Y desde Mileto envió a Éfeso, e hizo llamar a los ancianos de la iglesia.

18 Y cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he conducido entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia;

19 sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos;

20 y cómo nada que os fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas,

21 testificando a los judíos y a los griegos arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo.

22 Y he aquí, ahora, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer;

23 salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que prisiones y tribulaciones me esperan.

24 Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo mi vida preciosa para mí mismo; con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

25 Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro.

26 Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos;

27 porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios.

²⁸ Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia de Dios, la cual Él compró con su propia sangre.

²⁹ Porque yo sé esto, que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño.

³⁰ Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas, para llevar discípulos tras sí.

³¹ Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.

³² Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para sobreedificaros, y daros herencia con todos los santificados.

³³ No he codiciado plata, u oro, o vestidura de nadie.

³⁴ Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario, y para los que están conmigo, estas manos me han servido.

³⁵ En todo os he enseñado que trabajando así, es necesario sobrellevar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: **Más bienaventurado es dar que recibir.**

³⁶ Y habiendo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos.

³⁷ Entonces hubo gran llanto de todos; y echándose sobre el cuello de Pablo, le besaban,

³⁸ entristeciéndose sobre todo por las palabras que había dicho, de que ya no volverían a ver su rostro. Y le acompañaron hasta el barco.

21

¹ Y aconteció que después de separarnos de ellos, zarpamos y vinimos camino directo a Cos, y al *día* siguiente a Rodas, y de allí a Pátara.

² Y hallando un barco que pasaba a Fenicia, nos embarcamos, y zarpamos.

³ Y cuando avistamos a Chipre, dejándola a mano izquierda, navegamos a Siria, y arribamos a Tiro; porque el barco había de descargar allí su cargamento.

⁴ Y hallando discípulos, nos quedamos allí siete días; y ellos decían a Pablo por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén.

⁵ Y cuando cumplimos aquellos días, partimos, y nos encaminaron todos, con sus esposas e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la ribera, oramos.

⁶ Y abrazándonos unos a otros, subimos al barco, y ellos se volvieron a sus casas.

⁷ Y nosotros, cumplida la navegación, vinimos de Tiro a Tolemaida; y habiendo saludado a los hermanos, nos quedamos con ellos un día.

⁸ Y al día siguiente, partiendo Pablo y los que con él estábamos, vinimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él.

⁹ Y este tenía cuatro hijas vírgenes que profetizaban.

¹⁰ Y deteniéndonos *allí* por muchos días, descendió de Judea un profeta llamado Agabo.

¹¹ Y cuando él vino a nosotros, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en

Jerusalén al varón de quien es este cinto, y *le* entregarán en manos de los gentiles.

¹² Y cuando oímos esto, le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén.

¹³ Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.

¹⁴ Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: Hágase la voluntad del Señor.

¹⁵ Y después de estos días, tomando nuestro bagaje, subimos a Jerusalén.

¹⁶ Y vinieron también con nosotros de Cesarea algunos de los discípulos, trayendo consigo a un Mnasón, de Chipre, un discípulo antiguo, con quien nos hospedaríamos.

¹⁷ Y cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo.

¹⁸ Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a *ver a* Jacobo, y todos los ancianos estaban presentes;

¹⁹ y después de saludarlos, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio.

²⁰ Y cuando ellos lo oyeron, glorificaron al Señor, y le dijeron: Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos de la ley.

²¹ Y están informados acerca de ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apartarse de Moisés, diciéndoles que no deben circuncidar a sus hijos, ni andar según las

costumbres.

²² ¿Qué hay, pues? La multitud se reunirá de cierto; porque oirán que has venido.

²³ Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen voto sobre sí:

²⁴ Tómalos contigo, y purifícate con ellos, y paga con ellos para que rasuren sus cabezas; y todos entenderán que no hay nada de lo que fueron informados acerca de ti; sino que tú también andas ordenadamente, y guardas la ley.

²⁵ Pero en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros hemos escrito y acordado que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo que fue sacrificado a los ídolos, y de sangre, y de estrangulado y de fornicación.

²⁶ Entonces Pablo tomó consigo aquellos hombres, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró en el templo para anunciar el cumplimiento de los días de la purificación, hasta que una ofrenda fuese ofrecida por cada uno de ellos.

²⁷ Y cuando estaban por cumplirse los siete días, los judíos de Asia, al verle en el templo, alborotaron a todo el pueblo y le echaron mano,

²⁸ dando voces: ¡Varones israelitas, ayuda! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, y la ley, y este lugar; y además ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar.

²⁹ (Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo, efesio, al cual pensaban que Pablo había metido en el templo.)

³⁰ Así que toda la ciudad se agitó, y se agolpó el pueblo; y tomando a Pablo, lo arrastraron fuera del templo, y enseguida cerraron las puertas.

³¹ Y cuando iban a matarle, fue dado aviso al tribuno de la compañía, que toda la ciudad de Jerusalén estaba alborotada.

³² Este, de inmediato tomó soldados y centuriones, y bajó corriendo hacia ellos. Y cuando ellos vieron al tribuno y a los soldados, cesaron de golpear a Pablo.

³³ Entonces llegando el tribuno, le prendió, y le mandó atar con dos cadenas; y preguntó quién era, y qué había hecho.

³⁴ Pero entre la multitud, unos gritaban una cosa, y otros otra; y como no podía entender nada de cierto a causa del alboroto, le mandó llevar a la fortaleza.

³⁵ Y cuando llegó a las gradas, aconteció que fue llevado en vilo por los soldados a causa de la violencia del pueblo;

³⁶ porque la multitud del pueblo venía detrás, gritando: ¡Fuera con él!

³⁷ Y cuando estaban por meter a Pablo en la fortaleza, dijo al capitán: ¿Me permites decirte algo? Y él dijo: ¿Sabes griego?

³⁸ ¿No eres tú aquel egipcio que levantaste una sedición antes de estos días, y sacaste al desierto cuatro mil hombres sicarios?

³⁹ Entonces Pablo *le* dijo: Yo de cierto soy hombre judío, de Tarso, ciudadano de una ciudad no insignificante de Cilicia; y te ruego que me permitas hablar al pueblo.

⁴⁰ Y cuando él se lo permitió, Pablo estando en

pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo, y hecho gran silencio, habló en lengua hebrea, diciendo:

22

¹ Varones hermanos y padres, oíd mi defensa que *hago* ahora ante vosotros.

² Y cuando oyeron que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio. Y *les* dijo:

³ Yo de cierto soy hombre judío, nacido en Tarso, *ciudad* de Cilicia, pero criado en esta ciudad, educado a los pies de Gamaliel, enseñado según la perfecta manera de la ley de los padres, siendo celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros.

⁴ Y perseguí este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles así hombres como mujeres;

⁵ como también el sumo sacerdote me es testigo, y todos los ancianos; de los cuales también recibí cartas para con los hermanos; e iba a Damasco para traer presos a Jerusalén a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados.

⁶ Y aconteció que cuando hacía mi jornada, y llegaba cerca de Damasco, como a mediodía, repentinamente resplandeció del cielo una gran luz que me rodeó;

⁷ y caí al suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, **¿por qué me persigues?**

⁸ Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? Y me dijo: **Yo soy Jesús de Nazaret, a quién tú persigues.**

⁹ Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; mas no oyeron la voz del que hablaba conmigo.

¹⁰ Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y el Señor me dijo: **Levántate y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas.**

¹¹ Y como yo no podía ver a causa de la gloria de aquella luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, vine a Damasco.

¹² Entonces un Ananías, varón piadoso conforme a la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que moraban allí,

¹³ vino a mí, y acercándose, me dijo: Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella hora le miré.

¹⁴ Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido, para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca.

¹⁵ Porque serás testigo suyo ante todos los hombres de lo que has visto y oído.

¹⁶ Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y sé bautizado; y lava tus pecados invocando el nombre del Señor.

¹⁷ Y me aconteció, que vuelto a Jerusalén, mientras oraba en el templo, fui arrebatado en éxtasis.

¹⁸ Y le vi que me decía: **Date prisa, y sal cuanto antes de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí.**

¹⁹ Y yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba, y azotaba por las sinagogas a los que creían en ti;

²⁰ y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu

mártir, yo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban.

²¹ Y me dijo: **Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles.**

²² Y le oyeron hasta esta palabra; *entonces* alzaron la voz, diciendo: Quita de la tierra a tal *hombre*, porque no conviene que viva.

²³ Y como ellos daban voces y arrojaban sus ropas y echaban polvo al aire,

²⁴ el tribuno mandó que le llevasen a la fortaleza, y ordenó que fuese interrogado con azotes, para saber por qué causa clamaban así contra él.

²⁵ Y cuando le ataron con correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente: ¿Os es lícito azotar a un hombre romano sin ser condenado?

²⁶ Y cuando el centurión oyó esto, fue y dio aviso al tribuno, diciendo: Mira bien qué vas a hacer; porque este hombre es romano.

²⁷ Entonces vino el tribuno y le dijo: Dime, ¿eres tú romano? Él dijo: Sí.

²⁸ Y respondió el tribuno: Yo con grande suma alcancé esta ciudadanía. Entonces Pablo dijo: Pero yo *la tengo* de nacimiento.

²⁹ Así que, enseguida se apartaron de él los que le iban a interrogar; y el tribuno, al saber que era romano, también tuvo temor por haberle atado.

³⁰ Y al día siguiente, queriendo saber de cierto la causa por la que era acusado de los judíos, le soltó de las cadenas, y mandó venir a los príncipes de los sacerdotes y a todo su concilio; y sacando a Pablo, le presentó delante de ellos.

23

¹ Entonces Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo: Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy.

² Y el sumo sacerdote Ananías, mandó a los que estaban delante de él, que le golpearan en la boca.

³ Entonces Pablo le dijo: Dios te golpeará a ti, pared blanqueada: ¿Pues tú estás sentado para juzgarme conforme a la ley, y contra la ley me mandas golpear?

⁴ Y los que estaban presentes dijeron: ¿Al sumo sacerdote de Dios insultas?

⁵ Y Pablo dijo: No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás al príncipe de tu pueblo.

⁶ Y cuando Pablo percibió que una parte era de saduceos, y la otra de fariseos, alzó la voz en el concilio: Varones hermanos, yo siendo fariseo, hijo de fariseo; de la esperanza y de la resurrección de los muertos soy juzgado.

⁷ Y cuando hubo dicho esto, se levantó una disensión entre los fariseos y los saduceos, y la multitud se dividió.

⁸ Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos profesan estas cosas.

⁹ Y se levantó un gran vocerío; y levantándose los escribas de la parte de los fariseos, contendían diciendo: Ningún mal hallamos en este hombre; que si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no peleemos contra Dios.

¹⁰ Y como hubo gran disensión, el tribuno, teniendo temor de que Pablo fuera despedazado por ellos, ordenó a los soldados que bajaran y lo arrebataran de en medio de ellos y lo llevaran a la fortaleza.

¹¹ Y a la noche siguiente, se le presentó el Señor, y le dijo: **Ten ánimo, Pablo; pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma.**

¹² Y cuando fue de día, algunos de los judíos se juntaron, e hicieron voto bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo.

¹³ Y eran más de cuarenta los que habían hecho esta conjura;

¹⁴ los cuales vinieron a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, y dijeron: Nosotros hemos hecho voto bajo maldición, que no hemos de gustar nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo.

¹⁵ Ahora, pues, vosotros, con el concilio, pedid al tribuno que le traiga mañana ante vosotros, como que queréis inquirir acerca de él alguna cosa más cierta; y nosotros estaremos apercebidos para matarle antes que él llegue.

¹⁶ Pero cuando el hijo de la hermana de Pablo oyó de la asechanza, fue y entró en la fortaleza, y dio aviso a Pablo.

¹⁷ Y Pablo, llamando a uno de los centuriones, dijo: Lleva a este joven al tribuno, porque tiene algo que decirle.

¹⁸ Entonces él le tomó y le llevó al tribuno, y dijo: El preso Pablo, llamándome, me rogó que trajese

a ti a este joven, porque tiene algo que decirte.

¹⁹ Y el tribuno, tomándole de la mano y retirándose aparte, le preguntó: ¿Qué es lo que tienes que decirme?

²⁰ Y él dijo: Los judíos han concertado rogarte que mañana llesves a Pablo ante el concilio, como que van a inquirir de él alguna cosa más cierta.

²¹ Pero tú no les creas; porque más de cuarenta hombres de ellos le acechan, los cuales han hecho voto bajo maldición, de no comer ni beber hasta que le hayan dado muerte; y ahora están apercebidos esperando de ti promesa.

²² Entonces el tribuno despidió al joven, mandándole que a nadie dijese que le había dado aviso de esto.

²³ Y llamando a dos centuriones, les dijo: Preparad para la hora tercera de la noche doscientos soldados, y setenta de a caballo y doscientos lanceros, para que vayan hasta Cesarea;

²⁴ y provéanles cabalgaduras en que poniendo a Pablo, lo lleven a salvo a Félix el gobernador.

²⁵ Y escribió una carta de esta manera:

²⁶ Claudio Lisias al excelentísimo gobernador Félix: Salud.

²⁷ A este hombre, aprehendido por los judíos, y que iban ellos a matar, libré yo acudiendo con la tropa, habiendo entendido que era romano.

²⁸ Y queriendo saber la causa por qué le acusaban, le llevé ante el concilio de ellos;

²⁹ y hallé que le acusaban de cuestiones de la ley de ellos, pero que ninguna acusación tenía digna de muerte o de prisión.

³⁰ Y cuando me fue dicho de como los judíos

asechaban a este hombre, al punto le he enviado a ti, mandando también a los acusadores que digan delante de ti lo que tienen contra él. Pásalo bien.

³¹ Entonces los soldados, tomando a Pablo como les era mandado, le llevaron de noche a Antípatis.

³² Y al día siguiente, dejando a los de a caballo que fuesen con él, regresaron a la fortaleza.

³³ Los cuales, como llegaron a Cesarea, y dieron la carta al gobernador, presentaron también a Pablo delante de él.

³⁴ Y cuando el gobernador leyó *la carta*, preguntó de qué provincia era. Y cuando entendió que era de Cilicia,

³⁵ dijo: Te oiré cuando vengan tus acusadores. Y mandó que le guardasen en el pretorio de Herodes.

24

¹ Y cinco días después el sumo sacerdote Ananías, descendió con algunos de los ancianos y un cierto orador llamado Tértulo, y comparecieron ante el gobernador contra Pablo.

² Y cuando este fue llamado, Tértulo comenzó a acusarle, diciendo: Debido a ti gozamos de gran quietud, y muchas cosas son bien gobernadas en la nación por tu providencia;

³ en todo tiempo y en todo lugar lo recibimos con toda gratitud, oh excelentísimo Félix.

⁴ Pero por no serte muy tedioso, te ruego que nos oigas brevemente conforme a tu gentileza.

⁵ Pues hemos hallado que este hombre es pestilencial, y levantador de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos.

⁶ Quien también intentó profanar el templo; y prendiéndole, le quisimos juzgar conforme a nuestra ley.

⁷ Pero interviniendo el tribuno Lisias, con gran violencia le quitó de nuestras manos,

⁸ mandando a sus acusadores que viniesen a ti. Tú mismo, al interrogarle, podrás enterarte de todas estas cosas de que le acusamos.

⁹ Y asentían también los judíos, diciendo ser así estas cosas.

¹⁰ Y habiéndole hecho señal el gobernador para que hablase, Pablo respondió: Porque sé que desde hace muchos años eres juez de esta nación, de buen ánimo haré mi defensa.

¹¹ Porque tú puedes verificar que no hace más de doce días yo subí a adorar a Jerusalén;

¹² y no me hallaron en el templo disputando con alguno, ni alborotando al pueblo, ni en las sinagogas, ni en la ciudad;

¹³ ni pueden probar las cosas de que ahora me acusan.

¹⁴ Pero te confieso esto, que conforme al Camino que ellos llaman herejía, así adoro al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas;

¹⁵ teniendo esperanza en Dios que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos, la cual también ellos esperan.

¹⁶ Y por esto yo procuro tener siempre una con-

ciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.

¹⁷ Mas pasados muchos años, vine a hacer limosnas a mi nación, y ofrendas.

¹⁸ Y en esto, unos judíos de Asia me hallaron purificado en el templo no con multitud ni con alboroto;

¹⁹ los cuales debían haber comparecido ante ti, y acusar, si contra mí tenían algo.

²⁰ O digan estos mismos si hallaron en mí alguna cosa mal hecha, cuando comparecí ante el concilio,

²¹ a no ser por aquella voz, que clamé estando entre ellos: Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros.

²² Y cuando Félix escuchó estas cosas, teniendo un conocimiento más perfecto de *este* Camino, les puso dilación, y dijo: Cuando Lisias, el capitán principal descienda, terminaré de conocer de vuestro asunto.

²³ Y le ordenó a un centurión que guardara a Pablo y le permitiera tener libertad, y que no le prohibiera a ninguno de sus conocidos servirle o venir a él.

²⁴ Y algunos días después, viniendo Félix con Drusila, su esposa, la cual era judía, llamó a Pablo, y le oyó acerca de la fe en Cristo.

²⁵ Y cuando disertaba acerca de la justicia, la templanza y el juicio venidero, Félix se espantó y respondió: Vete por ahora; cuando tenga un tiempo conveniente te llamaré.

²⁶ Esperando también con esto, que de parte de Pablo le sería dado dinero para que le soltase; por lo cual, haciéndole venir muchas veces,

hablaba con él.

²⁷ Pero al cabo de dos años recibió Félix por sucesor a Porcio Festo; y queriendo Félix congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo.

25

¹ Festo, pues, entrado en la provincia, tres días después subió de Cesarea a Jerusalén.

² Entonces el sumo sacerdote y los principales de los judíos se presentaron ante él contra Pablo; y le rogaron,

³ pidiendo favor contra él, que le hiciese traer a Jerusalén, poniendo ellos asechanza para matarle en el camino.

⁴ Pero Festo respondió que Pablo estuviese guardado en Cesarea, y que él mismo iría *allá* en breve.

⁵ Los que de vosotros puedan, dijo, desciendan conmigo, y si hay algún crimen en este varón, acúsenle.

⁶ Y deteniéndose entre ellos más de diez días, descendió a Cesarea; y el día siguiente se sentó en el tribunal, y mandó que trajesen a Pablo.

⁷ Y cuando este llegó, le rodearon los judíos que habían venido de Jerusalén, presentando contra Pablo muchas y graves acusaciones, las cuales no podían probar;

⁸ alegando él en su defensa: Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada.

⁹ Pero Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondió a Pablo, y dijo: ¿Quieres subir

a Jerusalén, y allá ser juzgado de estas cosas delante de mí?

¹⁰ Y Pablo dijo: Ante el tribunal de César estoy, donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún agravio, como tú sabes muy bien.

¹¹ Porque si algún agravio, o alguna cosa digna de muerte he hecho, no rehúso morir; pero si nada hay de las cosas de que estos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. A César apelo.

¹² Entonces Festo, habiendo hablado con el consejo, respondió: A César has apelado; a César irás.

¹³ Y pasados algunos días, el rey Agripa y Bernice vinieron a Cesarea a saludar a Festo.

¹⁴ Y como estuvieron allí muchos días, Festo declaró al rey la causa de Pablo, diciendo: Un hombre ha sido dejado preso por Félix,

¹⁵ acerca del cual, cuando estuve en Jerusalén, comparecieron ante mí los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo juicio contra él.

¹⁶ A los cuales respondí: No es costumbre de los romanos entregar alguno a la muerte antes que el acusado tenga presentes a sus acusadores, y tenga oportunidad de defenderse de la acusación.

¹⁷ Así que, habiendo venido ellos juntos acá, sin ninguna dilación, al día siguiente, sentado en el tribunal, mandé traer al hombre.

¹⁸ Y estando presentes los acusadores, ningún cargo presentaron de los que yo suponía,

¹⁹ sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su superstición, y de un cierto Jesús,

ya muerto, el cual Pablo afirmaba estar vivo.

²⁰ Y yo, dudando en cuestión semejante, le pregunté si quería ir a Jerusalén y allá ser juzgado de estas cosas.

²¹ Pero como Pablo apeló para ser reservado para la audiencia de Augusto, mandé que le guardasen hasta que le enviara a César.

²² Entonces Agripa dijo a Festo: Yo también quisiera oír a ese hombre. Y él dijo: Mañana le oirás.

²³ Y al otro día, viniendo Agripa y Bernice con mucha pompa, y entrando en la audiencia con los tribunos y principales hombres de la ciudad, por mandato de Festo fue traído Pablo.

²⁴ Entonces Festo dijo: Rey Agripa, y todos los varones aquí presentes con nosotros; veis a este hombre, del cual toda la multitud de los judíos me ha demandado en Jerusalén y aquí, dando voces que no debe vivir más;

²⁵ pero yo, hallando que ninguna cosa digna de muerte ha hecho, y como él mismo apeló a Augusto, he determinado enviarle *a él*.

²⁶ Del cual no tengo cosa cierta que escribir a mi señor; por lo que le he traído ante vosotros, y mayormente ante ti, oh rey Agripa, para que después de examinarle, tenga yo qué escribir.

²⁷ Porque me parece fuera de razón enviar un preso, y no informar de los cargos que haya en su contra.

26

¹ Entonces Agripa dijo a Pablo: Se te permite

hablar por ti mismo. Pablo entonces, extendiendo la mano, comenzó *así* su defensa:

² Me tengo por dichoso, oh rey Agripa, de que hoy haya de defenderme delante de ti acerca de todas las cosas de que soy acusado por los judíos.

³ Mayormente *sabiendo* que tú eres conocedor de todas las costumbres y cuestiones que hay entre los judíos; por lo cual te ruego que me oigas con paciencia.

⁴ Mi vida, pues, desde mi juventud, la cual desde el principio pasé en mi nación, en Jerusalén, la conocen todos los judíos;

⁵ los cuales saben que yo desde el principio, si quieren testificarlo, conforme a la más estricta secta de nuestra religión, he vivido fariseo.

⁶ Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres, comparezco y soy juzgado;

⁷ *promesa* a la cual nuestras doce tribus, sirviendo constantemente de día y de noche, esperan han de llegar. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos.

⁸ ¿Por qué se juzga entre vosotros cosa increíble que Dios resucite a los muertos?

⁹ Yo ciertamente había pensado dentro de mí, que era mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret;

¹⁰ lo cual también hice en Jerusalén, y yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido autoridad de los príncipes de los sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto.

¹¹ Y muchas veces, castigándolos por todas las

sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras.

¹² Y ocupado en ello, yendo a Damasco con autoridad y comisión de los príncipes de los sacerdotes,

¹³ al mediodía, oh rey, yendo en el camino vi una luz del cielo, que sobrepasaba el resplandor del sol, iluminando en derredor de mí y de los que iban conmigo.

¹⁴ Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: **Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra los agujones.**

¹⁵ Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y Él dijo: **Yo soy Jesús, a quien tú persigues.**

¹⁶ **Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto te he aparecido, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti,**

¹⁷ **librándote de este pueblo y de los gentiles, a los cuales ahora te envío,**

¹⁸ **para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.**

¹⁹ Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial,

²⁰ sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras

dignas de arrepentimiento.

²¹ Por causa de esto los judíos, prendiéndome en el templo, intentaron matarme.

²² Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de venir.

²³ Que Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles.

²⁴ Y diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco.

²⁵ Pero él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura.

²⁶ Pues el rey sabe estas cosas, delante del cual también hablo confiadamente. Pues estoy seguro que no ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón.

²⁷ ¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees.

²⁸ Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades a ser cristiano.

²⁹ Y Pablo dijo: ¡Quisiera Dios, que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!

³⁰ Y cuando hubo dicho esto, se levantó el rey, y el gobernador, y Bernice, y los que estaban sentados con ellos;

³¹ Y cuando se retiraron aparte, hablaban entre sí, diciendo: Ninguna cosa digna de muerte ni de

prisión, hace este hombre.

³² Y Agripa dijo a Festo: Podía este hombre ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César.

27

¹ Y cuando fue determinado que habíamos de navegar para Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta.

² Y embarcándonos en una nave adrumentina, queriendo navegar junto a las costas de Asia, zarpamos, estando con nosotros Aristarco, macedonio de Tesalónica.

³ Y al otro día llegamos a Sidón; y Julio, tratando humanamente a Pablo, le permitió que fuese a sus amigos, para ser asistido por ellos.

⁴ Y haciéndonos a la vela desde allí, navegamos a sotavento de Chipre, porque los vientos eran contrarios.

⁵ Y habiendo pasado el mar de Cilicia y Panfilia, arribamos a Mira, *ciudad* de Licia.

⁶ Y hallando allí el centurión una nave de Alejandría que navegaba a Italia, nos embarcó en ella.

⁷ Y navegando muchos días despacio, y habiendo apenas llegado delante de Gnido, no dejándonos el viento, navegamos a sotavento de Creta, junto a Salmón.

⁸ Y costeándola difícilmente, llegamos a un lugar que llaman Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

⁹ Y pasado mucho tiempo, y siendo ya peligrosa la navegación, habiendo ya pasado el ayuno, Pablo *les* amonestaba,

¹⁰ diciéndoles: Varones, veo que con perjuicio y mucho daño habrá de ser la navegación, no sólo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras vidas.

¹¹ Pero el centurión creía más al piloto y al patrón de la nave, que a lo que Pablo decía.

¹² Y porque el puerto era incómodo para invernar, la mayoría acordaron zarpar también de allí, por si pudiesen arribar a Fenice, *que es* un puerto de Creta que mira hacia el nordeste y sudeste, e invernar allí.

¹³ Y soplando una suave brisa del sur, pareciéndoles que ya tenían lo que deseaban, izando velas, iban costeano Creta.

¹⁴ Pero no mucho después se levantó en su contra un viento tempestuoso, que se llama Euroclidón.

¹⁵ Y siendo arrebatada la nave, y no pudiendo resistir contra el viento, resignados, dejamos *la nave* a la deriva.

¹⁶ Y corriendo a sotavento de una pequeña isla que se llama Clauda, apenas pudimos salvar el esquiife;

¹⁷ el cual subido a bordo, usaban de refuerzos, ciñendo la nave; y teniendo temor de que diesen en la Sirte, arriando velas, quedaron a la deriva.

¹⁸ Y siendo azotados por una vehemente tempestad, al día siguiente alijaron la nave;

¹⁹ y al tercer día nosotros con nuestras manos arrojamos los aparejos de la nave.

²⁰ Y no apareciendo ni sol ni estrellas por muchos días, siendo azotados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos.

²¹ Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo: Señores, debían por cierto haberme oído, y no haber zarpado de Creta, para recibir este daño y pérdida.

²² Pero ahora os exhorto a que tengáis buen ánimo; porque no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave.

²³ Pues esta noche ha estado conmigo el Ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo,

²⁴ diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha dado todos los que navegan contigo.

²⁵ Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho.

²⁶ Si bien, es necesario que demos en una isla.

²⁷ Y venida la decimocuarta noche, y siendo llevados a la deriva por el mar Adriático, los marineros a la media noche presintieron que estaban cerca de alguna tierra;

²⁸ y echando la sonda, hallaron veinte brazas, y pasando un poco más adelante, volviendo a echar la sonda, hallaron quince brazas.

²⁹ Y temiendo dar en escollos, echaron cuatro anclas de la popa; y ansiaban que se hiciese de día.

³⁰ Entonces como los marineros estaban por huir de la nave, habiendo echado el esquife al mar, aparentando como que querían largar las anclas de proa,

³¹ Pablo dijo al centurión y a los soldados: Si estos no permanecen en la nave, vosotros no podéis

salvaros.

³² Entonces los soldados cortaron las cuerdas del esquiife y dejaron que se perdiera.

³³ Y cuando comenzaba a amanecer, Pablo exhortaba a todos que comiesen, diciendo: Este es el decimocuarto día que veláis y permanecéis en ayunas, sin comer nada.

³⁴ Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá.

³⁵ Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer.

³⁶ Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también.

³⁷ Y era el total de los que estábamos en la nave doscientas setenta y seis almas.

³⁸ Y ya saciados de comida, aligeraron la nave, echando el trigo al mar.

³⁹ Y cuando se hizo de día, no reconocían la tierra; mas veían una bahía que tenía playa, en la cual acordaron encallar, si pudiesen, la nave.

⁴⁰ Y alzando las anclas, se dejaron al mar; y soltando las amarras del timón y alzando al viento la vela de proa, se dirigieron hacia la playa.

⁴¹ Mas dando en un lugar de dos mares, hicieron encallar la nave; y la proa, hincada, quedó inmóvil, y la popa se abría con la violencia de las olas.

⁴² Entonces los soldados acordaron matar a los presos, para que ninguno se fugase nadando.

⁴³ Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, estorbó este acuerdo, y mandó que los que

podiesen nadar, *fuesen* los primeros en echarse *al mar*, y saliesen a tierra;

⁴⁴ y los demás, parte en tablas, parte en cosas de la nave. Y así aconteció que todos se salvaron saliendo a tierra.

28

¹ Y ya a salvo, entonces supieron que la isla se llamaba Melita.

² Y los bárbaros nos mostraron no poca humanidad; pues encendiendo un fuego, nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que caía, y a causa del frío.

³ Entonces, habiendo recogido Pablo algunos sarmientos, y poniéndolos en el fuego, una víbora, huyendo del calor, le acometió a la mano.

⁴ Y cuando los bárbaros vieron la serpiente *venenosa* colgando de su mano, se decían unos a otros: Ciertamente este hombre es homicida, a quien, habiendo escapado del mar, la justicia no deja vivir.

⁵ Mas él, sacudiendo la víbora en el fuego, ningún mal padeció.

⁶ Y ellos estaban esperando cuándo se había de hinchar, o caer muerto de repente; mas habiendo esperado mucho, y viendo que ningún mal le venía, cambiaron de parecer y dijeron que era un dios.

⁷ En aquellos lugares había heredades del hombre principal de la isla, llamado Publio, quien nos recibió y nos hospedó amigablemente tres días.

⁸ Y aconteció que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y de disentería; al cual

Pablo entró *a ver*, y después de haber orado, puso sobre él las manos, y le sanó.

⁹ Y hecho esto, también otros que en la isla tenían enfermedades, venían, y eran sanados;

¹⁰ los cuales también nos honraron con mucho aprecio; y cuando zarpamos, nos cargaron de las cosas necesarias.

¹¹ Y después de tres meses, navegamos en una nave de Alejandría que había invernado en la isla, la cual tenía por insignia a Cástor y Pólux.

¹² Y llegados a Siracusa, estuvimos allí tres días.

¹³ De allí, costeano alrededor, llegamos a Regio; y después de un día, soplando el viento del sur, llegamos al segundo día a Puteoli,

¹⁴ donde hallando hermanos, nos rogaron que nos quedásemos con ellos siete días; y así, nos fuimos a Roma.

¹⁵ Y de allí, cuando los hermanos oyeron de nosotros, vinieron a recibirnos hasta el foro de Appio y Las Tres Tabernas; y al verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimo.

¹⁶ Y cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los presos al capitán de la guardia, mas a Pablo le fue permitido estar aparte, con un soldado que le custodiase.

¹⁷ Y aconteció que tres días después, Pablo convocó a los principales de los judíos; a los cuales, cuando estuvieron reunidos, les dijo: Yo, varones hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni *contra* las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos;

¹⁸ los cuales, habiéndome interrogado, me

querían soltar, por no haber en mí ninguna causa de muerte.

¹⁹ Pero oponiéndose los judíos, me vi obligado a apelar a César; no que tenga de qué acusar a mi nación.

²⁰ Así que por esta causa os he llamado para veros y hablaros; porque por la esperanza de Israel estoy atado con esta cadena.

²¹ Y ellos le dijeron: Nosotros ni hemos recibido de Judea cartas acerca de ti, ni ninguno de los hermanos que vinieron mostró o habló mal de ti.

²² Pero queremos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.

²³ Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales declaraba y testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas.

²⁴ Y algunos asentían a lo que se decía, pero algunos no creían.

²⁵ Y como no estuvieron de acuerdo entre sí, partiendo ellos, les dijo Pablo esta palabra: Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a nuestros padres,

²⁶ diciendo: Ve a este pueblo, y diles: Oyendo oiréis, y no entenderéis; Y viendo veréis, y no percibiréis:

²⁷ Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y de los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane.

²⁸ Por tanto, os sea notorio que la salvación de Dios es enviada a los gentiles; y ellos oirán.

²⁹ Y cuando hubo dicho esto, los judíos se fueron, teniendo gran discusión entre sí.

³⁰ Y Pablo, se quedó dos años enteros en su casa de alquiler, y recibía a todos los que a él venían,

³¹ predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, con toda confianza y sin impedimento.

Santa Biblia Reina Valera Gómez
The Holy Bible in Spanish, Reina Valera Gómez
translation

copyright © 2004, 2010, 2023 Dr. Humberto Gómez Caballero

Language: Español (Spanish)

Translation by: Dr. Humberto Gómez Caballero

DERECHOS RESERVADOS

Rights Reserved

Copyright 2004, 2010, 2023 By Dr. Humberto Gómez Caballero.

Iglesia Bautista Libertad de Matamoros Tam. México.

Liberty Baptist Church of Matamoros Tam. Mexico

P.O. Box 1286

Olmito, Tx 78575

Estados Unidos de América.

E Mail humberto_gmz@yahoo.com

Ph. (956)867-1281

Totalmente prohibido imprimirlo, o reproducirlo con fines de lucro. Los derechos reservados no están de venta y son sólo para ampararnos de cualquier organización, o persona que quisiera adueñarse de ella.

Toda Iglesia u organización que desee imprimirla o reproducirla para su distribución gratuita tendrá la plena libertad de hacerlo sin necesidad de pagar regalías, siempre y cuando no cambie ninguna de las palabras escritas.

Completely prohibited to print, or reproduce the text for the purpose of profit. The rights reserved are not for sale, and are only to protect us against any organization, or person that wants to take possession of the text.

All Churches or organizations that want to print or reproduce it for free distribution have the clear liberty to do so without need to pay royalties, always and when they do not change any of the written words.

2025-06-13

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 14 Jun 2025 from source
files dated 13 Jun 2025
a4028aff-d24f-5fbc-aa24-5d25967abdc2